

El sueño de las margaritas

Alguna vez escuché: *entró al hospital por una cosa, pero no salió por otra. ¿Qué pasa cuando tienes que no sólo escucharlo, sino que también vivirlo?* Así fue como pasó que no pude despedirme de mi mamá. Rodeado de extraños que no conocían el motivo de mis lágrimas, así como de familiares y amigos que trataban por todo medio de consolarme, me sentí desterrado de la vida misma, una pausa interminable que se volvió un infierno.

Nunca imaginé ver al gigante amigable derrumbado -dijo mi mejor amiga-. Nunca pensó verme colapsado hasta que me abrazó con amor, mientras mi sangre marcaba sus manos y su chamarra. ¿Sangre? Sí, mi vida en ese tiempo se debatía ferozmente entre lo que es y lo que pudo ser, necesitaba ser intervenido a final del mes porque mi problema respiratorio se hacía cada vez más peligroso.

Comencé a tener un sueño repetitivo que me duró casi por dos años. Los fragmentos los fui apuntando en cada despertar. Primero, aparezco en el sueño, viendo un campo muy verde. Un campo interminable. Voy dando pasos muy largos y parece que nada me detiene. De pronto, mis piernas comienzan a

AUTOR

Héctor Chávez Pérez
Formando CMP-CDMX
Fecha de recepción: 27/02/2010
Contacto: hchpantares@gmail.com

tambalear hasta que caigo precipitadamente al suelo, terminan por paralizarse por completo. Comienzo a arrastrarme, pido a gritos que me ayuden, pues no me puedo levantar. En un momento el cielo se nubla y la lluvia cae como lágrimas. Nada las controla, su caída es precipitada. Mis manos y brazos comienzan a ser “absorbidas” por el campo hasta que se vuelven parte de él.

Asisto con mi ahora ex analista y le comento eso. Analizamos el sueño y me



hace caer en cuenta que es justo la repetición onírica de lo sucedido cuando mi amiga dijo que nunca me imaginó ver derrumbado. Al estar en el suelo, las lágrimas no podían ser consoladas y se volvían vanos los gritos pidiendo ayuda, porque no eran las personas que quería que me consolaran, sino que quería que fuera mi mamá, que ya no estaba para hacerlo. No se calmaba el llanto, el dolor se matizó y se hizo una realidad completa. El silencio en el diván me detiene, me llevo las manos a mis ojos, no quiero que me vea llorar S.

—¿Por qué cubres tus ojos? —me pregunta— ¿Qué tiene de malo llorar ahora?

No puedo hacer más que soltar un grito:

—¡Es la muerte que me persigue!

S. espera un poco, sabe que falta que diga algo. Y así es. Suelto un segundo grito:

—¡Es como esa maldita serpiente que me persigue!

—¿Serpiente? ¿Cuál serpiente? — pregunta S.

—No sé, es sólo que su cascabel me perturba, es como la maraca de un niño.

—¿Será que ese niño usa la maraca para llamar a alguien? —interviene.

—Sí, a su madre—contesto y con eso acaba la sesión.

Aquella noche, el sueño continua. Mi brazo derecho ahora surge del campo y comienza a transformarse en una serpiente, misma que al arrastrarse destruye todo a su paso. Hasta que llega a una colina, misma que está rodeada por muchas margaritas. Cada una de ellas va muriendo, siendo aplastada

por el cuerpo de la serpiente. ¡Y suena un cascabel! En un momento mi vista se vuelve el cielo y veo ese cascabel en la cola de la serpiente. Pero al fijarme bien lo único que veo son una serie de cráneos, mismos que parece me están mirando fijamente. Cada vez que se mueve, suena y ese sonido se vuelve angustia. Despierto. Mis ojos están llenos de lágrimas y mi corazón no deja de latir fuertemente. No logro evitar un pensamiento: *Estoy rodeado por la muerte. ¡Es la muerte que me persigue!*

Sucede que nací, crecí y me desarrollé en un ambiente repleto de senectud. Siendo el más joven de las dos familias, me veo rodeado por la angustiante amenaza de saber que va muriendo mi familia. Si mi mamá era relativamente joven cuando murió (66 años), ¿Qué muerte no será capaz de sorprenderme mientras me encuentro a la espera de las más “obvias”?

Regreso con S, sin saber que será mi última sesión con él. Me acuesto en el diván. Mi primer acto es reclamarle que no estoy de acuerdo que desde que volví a analizarme con él (pues ya había acabado mi análisis un año antes), en todas las sesiones (que fueron 9), me aplicara la escansión. ¡Sólo me daba 15 minutos y adiós! ¡Adiós! Me sentía muy frustrado. ¿Cuál fue su respuesta? Una que no podíamos esperar un psicoanalista, no digo “serio” porque el ser psicoanalista implica, al menos desde mi punto de vista, bastante seriedad.

Me levanté del diván, asombrado por lo que me ha dicho, lo miro fijamente con odio, con rencor, con desilusión. Me pongo de pie sin esperar nada, cojo los 650 pesos y se los aviento. Abro la puerta y la azoto.



Salgo molesto, triste, dolido, lastimado. Me encuentro con la Dra. A, quien me ve notablemente afectado.

— ¿Qué sucede? — me pregunta asustada
— No puedo más — y sólo le contesto— Virgilio no quiso seguir acompañándome.

¿Virgilio? (fue un lapsus, así nombré a S). Días antes había dado una clase sobre la Divina Comedia de Dante Alighieri, quizá por eso me sentí como Dante pero quien era mi propio Virgilio para acompañarme por el Infierno que estaba atravesando, me dejó hacerlo solo. Más bien, no quise que me acompañara más.

Pasan unos días, y el sueño se repite una y otra vez, hasta que por fin la serpiente empieza a enrollarse alrededor de la colina, formando 9 niveles con su cuerpo (sumado uno que más bien parecía la tierra), hacia arriba. ¿Qué no eran 9 círculos los de infierno? ¿Pero por qué en vez de ir hacia abajo iba hacia arriba? ¿Será que buscan llevarme al cielo? Cuando alcanza la cima, se detiene, cierra los ojos y empieza a convertirse en



piedra. Las margaritas han muerto, no queda nada más que una en su boca. Despierto. Tomo notas y trato de ir interpretando cada fragmento. Evidentemente lo que he ido escribiendo se ha vuelto más claro. Vuelvo a soñar. El cascabel sigue sonando. Pasan los días y hay otra muerte en la familia. ¿Quién seguirá? ¿Yo?

Sueño una vez más, pero esta vez puedo recordar fragmentos distintos. Soy capaz de escuchar una canción con voces de niños, es un canto judío: *Shalom, chaverim!*:

Shalom, chaverim!
Shalom, chaverim!
Shalom, shalom!
Lehitraot, Lehitraot.
Shalom, shalom!

Las voces de los niños desaparecen y sólo escucho la voz de mi mamá, así como la voz de Jacob G., quien fue parte muy importante de mis enseñanzas cuando era niño. Nunca volví a saber de él, de hecho, nunca me pude despedir. Ya era un anciano, cercano a la muerte, cuando su familia se lo quiso llevar a Estados Unidos. Nunca me pude despedir, pero recuerdo lo mucho que él quería *volver a ver esos campos verdes de Alemania*. Tuve que recostarme en el sillón de mi oficina un día y comenzar a recordar algunas cosas sobre él. ¡Claro! ¡La serpiente que me persigue!

Hace muchos años, a mis amigos Saúl, Josué y Sarah (que son sus nietos), y a mí, nos contó la historia sobre cuando, jugando en los campos verdes, vio a una serpiente y cómo ésta se mostraba desafiante, entre la posibilidad de que lo atacara o no. “No sabía si por estar ahí ya no podría regresar después”.

Pero que en un momento se enrolló y bajó la cabeza. ¡Las voces de los niños eran la de mis amigos que cantaban! Después de todo, el señor Jacob nos enseñó esa canción. Era una canción triste que escondía una esperanza para él, pues recordaba que fue lo último que escuchó de su madre cuando la Gestapo (Geheime Staatspolizei) los arrestaba y, por lo mismo, los separaba. ¿Qué significa esa canción? Una traducción sería:

*¡Adiós, amigos!
¡Adiós, amigos!
¡Adiós, adiós!
Hasta que nos
volvamos a encontrar,
hasta que nos
volvamos a encontrar.
¡Adiós, adiós!*

Al recordar a mis amigos y a su abuelo cantar, comencé a cantarla y las lágrimas volvieron a salir. La fe católica nos enseña que un día nos volveremos a encontrar, y que no hay un adiós que dure para siempre. Si el sueño es la realización del deseo, escuchar esa canción en las voces de mis amigos y de una persona de la que no pude despedirme nunca, que fue su abuelo Jacob, entonces eso era lo que mi inconsciente quería: poder despedirme anhelando volverlo a ver. ¿Y de quién tampoco me pude despedir?

De mi mamá. Por un lado, el sueño se presentaba bajo ese disfraz para poder hacer más tolerable la ausencia. Ambas ausencias me causaban tristeza, la del señor Jacob G. porque siempre fue amable y cariñoso conmigo, así como mi mamá lo era conmigo. En ese momento que pude asociar los elementos, las lágrimas dejaron de derramarse. Y pude sonreír de nuevo.

Esa noche, recuperé todos los fragmentos del sueño en uno que se volvería el más revelador y del cual vendría la cura a mi dolor. Veo a la serpiente con la margarita en la boca, hasta que levanta la cabeza y se transforma en mi mano, pero en una mano de piedra, que poco a poco empieza a abrirse, dejando caer pedazos o sobras que no le dejaban separar los dedos. Cuando por fin queda limpia de esas sobras, aunque todavía siendo de roca, se va abriendo y deja salir una margarita, misma que con el viento se eleva hacia el sol. “Después de la tormenta siempre sale el sol”, dice un cuadro en la entrada de mi oficina.

Los dedos, una vez que han dejado irse a la margarita, empiezan a retomar un color propio de piel hasta que se vuelve una verdadera mano humana. La margarita se eleva y llega al sol, donde se vuelve parte de él. 9 meses, 9 terribles meses de dolor, aceptación y liberación: mi mamá se llama Margarita. Por fin podía dejar ir a mi mamá, ya no tenía miedo porque, después de todo, si la fe salva, la fe me promete que un día nos volveremos a encontrar, ya que después de todo adiós hay la esperanza de un pronto encuentro. El cascabel seguía sonando, y lo seguirá haciendo, porque al final de cuentas la vida es ese proceso que nos sitúa siempre en la falta, y como decía Lacan (lo parafraseo): *nunca se gana sin que se pierda algo.* 🌀

**Por cierto, cabe señalar que cuando guardé éste archivo en mi computadora, tuve otro lapsus, guardándolo como “El sueño de las MArgaritas”. Al menos en México, muchos tenemos la costumbre de llamarles a nuestras madres con un simple “ma”. Y me di cuenta de ello tiempo después.*





René Álvarez
El sueño de las margaritas
Óleo sobre tela